

Un militar que pasó de ateo a mártir

CHARLES DE FOUCAULD

Crónica especial para ECCLESIA
de C. DELGADO OLIVARES

GINEBRA, 6 de diciembre.—Tiene lugar estos días en Ginebra una exposición de objetos personales y utensilios diversos, en relación con la vida y las aventuras del vizconde francés Carlos de Foucauld. La exposición es de un interés superlativo.

Pocas vidas, aun comparándola con la de los seres más extraordinarios, tan sorprendente, diversa y, finalmente, ejemplar, como la del misionero Carlos de Foucauld.

Ha sido militar, guerrero, trapense, servidor de las Damas-Pobres de Nazareth y eremita del desierto, finalmente, "Jamás retroceder", como decía imperativamente la divisa de la aristocrática familia De Foucauld.

La exposición en cuestión ha sido abierta en Ginebra, bajo la autoridad de S. Exc. Mgr. Charrière, Obispo de Lausana, Ginebra y Friburgo; de Mgr. Petit, vicario general, y de otras autoridades civiles y eclesiásticas. Esta misma exposición, ha tenido ya lugar en París durante algunas semanas, más tarde en más de 20 provincias francesas, después

pasó a Alemania, a Suiza—Friburgo y Ginebra—, y de aquí irá primero a Bélgica, a continuación a la Península Ibérica y al fin dará la vuelta al mundo, puesto que América figura también en el itinerario.

Pero quizá algún lector se pregunte: ¿y quién es este Carlos de Foucauld? La pregunta, si bien sumariamente, vamos a responderla siguiendo las diversas etapas de la exposición. Antes, no obstante, citemos algunos de los párrafos pronunciados por el señor Obispo de la diócesis en el acto de la inauguración: "Cuando vi esta exposición en Lyon—dijo monseñor Charrière—, la deseé para mi diócesis. Ella nos permite comprender mejor las realidades esenciales que forman el fundamento y la cima de nuestra civilización occidental. Vivimos instantes tan turbulentos que es útil poner ante nuestros ojos las realidades admirables expresadas por la vida y la muerte del padre Foucauld."

Carlos de Foucauld nace en Strasburgo en 1858, el año precisamente de las apariciones de Lourdes. En 1864 mueren

su padre y su madre, dejando dos niños: Carlos, de seis años, y María, de tres, de cuya educación se encarga su abuelo en aquellos primeros años de su vida, y el resultado es que acaba convirtiéndose en un niño difícil; hace sus estudios en Strasburgo y Nancy; pero dejado a sus instintos y a sus propias inclinaciones en cuanto a lecturas se refiere, pierde poco a poco la fe religiosa.

A los dieciocho años comienza la carrera de las armas. El estado de su espíritu no era nada ejemplar entonces. "En aquella edad—habrá él mismo de decir más tarde—yo era todo egoísmo, todo vanidad, impiedad y deseo del mal... y de fe nada quedaba en mi alma." Además, dirá y repetirá que durante trece años él no ha creído en Dios.

En la Academia Militar de Saumur comparte Foucauld su habitación con Antonio Kallombrosa, más tarde marqués de Morés, destinado éste a hacer una carrera deslumbrante y breve y a morir asesinado también él en el desierto.

En 1880, Foucauld va con su regimiento, el 4.º de húsares, a Argelia.

Epoca decisiva: la pasión de la tierra africana y, en definitiva, la pasión colonial, se va a apoderar del joven oficial y dar una orientación nueva a una vida mal comenzada. Fueron unos años de vida militar difícil y peligrosa, de privaciones y de incidentes propios de las columnas disciplinarias.

Y acaba, por fin, la campaña africana; los árabes han hecho en el joven oficial una impresión profunda; tanto es así, que decide éste estudiarles haciendo un largo viaje por Marruecos; tenía veinticuatro años. Se disfraza de comerciante judío, ya que es imposible penetrar como cristiano en aquel medio hostil, y de ese modo recorre por lo menos doble longitud que los itinerarios explorados hasta la fecha.

En su recorrido ha determinado 45 longitudes y 40 latitudes, ha pasado peligros y dificultades indecibles; pero al fin da por terminada su aventura, y el 19 de febrero de 1886 vuelve a París.

Comienza entonces una vida familiar y tranquila. En la exposición, este período está un poco vacío, porque así como de sus años anteriores pasados en Africa hay fotos, notas, publicaciones del que después será padre Foucauld, entonces, en su estancia en París, la aventura, la transformación y las novedades transcurrirán más en su alma que en su entorno. En efecto, durante su viaje por Argelia y Marruecos, una cosa le había conmovido profundamente:

des del Evangelio. La medicina no puede poner objeciones a la castidad ni conoce enfermedades causadas por la castidad y la continencia; en cambio, aun no ha acabado de catalogar todos los desórdenes graves provocados por la impureza.

"El Congreso de Médicos Católicos—dice solemnemente la conclusión—, que ha reunido delegados de 16 países, con la adhesión de otros 13, y en el que han participado alrededor de 500 médicos, ha aprobado por unanimidad la conclusión siguiente sobre el problema de la castidad masculina: "El Congreso afirma que la castidad es posible y que su guarda no tiene inconveniente, sino más bien ventajas, particularmente para los jóvenes."

Cristología e historia

También el dogma puede recibir de los médicos la luz que lo haga más accesible a nosotros, que vivimos a la sombra del drama del Calvario. La crucifixión y la sepultura de Cristo, vistas a través de las "comunicaciones" presentadas al Congreso, ilustran el amor delicado de quien sin reserva se entregó a la muerte por nosotros. Ascetas y artistas pueden hoy trabajar sobre las fórmulas evangélicas breves y precisas explicadas por los que han puesto su ciencia al servicio de su fe. No menos que cuatro "comunicaciones" distintas se presentaron sobre esa reliquia veneranda que llamamos la "Sábana Santa" de Turín.

La claridad detallada de los estudios,

que abarcan todos los aspectos de la cuestión, tranquiliza nuestro ánimo devoto, que hasta hoy poseía la continuidad de la tradición, pero que ya sobreañade la conclusión afirmativa de la ciencia. "Yo creo que es preciso confirmar—dice el señor Scotti—las palabras que Ives Delage pronunció en la Academia de Ciencias de París el 21 de abril de 1902: "Fue Cristo el que quedó sagradamente impreso en la Sábana Santa." "El contacto inmediato del lienzo con el cuerpo dió origen a las señales de la sangre derramada por el Crucificado", añade el señor Hynek. "Las objeciones formuladas por Chevalier—subraya el mismo Hynek—no pueden ya sostenerse en el campo científico; la Sábana Santa ha de ser científicamente rehabilitada, ya que desde el punto de vista de las ciencias naturales aparecen cada día las huellas del Crucificado con plena evidencia de autenticidad." "Lo que las almas místicas han contemplado queda confirmado plenamente por la Sábana Santa—concluye el profesor Gedda—; Cristo, varón perfecto, de procer estatura física, con infinita superioridad moral sobre los hombres, atrae los ojos de la Humanidad entera para que reciban su mensaje de paz y amor."

Cristo ha tenido sus seguidores fieles. El Congreso escucha la palabra ardiente de los que al evocar las figuras gigantes los médicos, hospitalarios, profesores, e investigadores de siglos pretéritos nos dicen cómo se sirve a Dios y se pasa, como el Maestro, por el mundo, haciendo el bien.

la perpetua invocación a Dios que se elevaba en derredor de él.

Aquellas llamadas a la oración; aquellos hombres prostrados hacia oriente cinco veces al día; el nombre de Alá repetido constantemente en conversaciones y escritos; todo el aparato religioso de la vida musulmana le había impulsado a decir: "¡Y yo que estoy sin religión!..."

Un día, Carlos de Foucauld, estando ya en París, va de visita a casa de una familia amiga. La conversación es la corriente en tales casos: glosa de los pequeños acontecimientos actuales, el tiempo que hace, interés mutuo por los parientes y amigos... Mas durante la visita ha entrado un momento en la casa el abate Huvelin. Un momento sólo, pero el encuentro ha sido decisivo para De Foucauld.

El abate Huvelin era un hombre muy sencillo, muy humilde, muy entregado a la oración. Aun era joven, pero lo parecía apenas por su vida de penitencia. Quizá este breve diálogo caracteriza expresivamente su extraordinaria psicología: "Hace tiempo—dice una vez el abate Huvelin—que he encontrado el medio de ser feliz." "¿Y es?" "Prescindir de las alegrías."

El abate era el hombre que va a convertir a Carlos de Foucauld en el padre Foucauld.

El encuentro había sido a finales de verano y ellos se veían sólo de tarde en tarde; pero en el alma de Carlos, "la gracia—como dice uno de sus biógrafos—había empezado a subir como una marea..."

Se ha alterado su vida, se le ve pasear solo; a la caída de la tarde se le ve entrar en alguna iglesia. Se sienta lejos del altar, sin comprender exactamente por qué ha ido allí ni qué es lo que allí le retiene. No suele rezar, sino únicamente repetir desolado: "¡Dios mío, si existes házmelo conocer!"

Y han ido pasando los días, cuando una tarde de últimos de octubre el abate Huvelin ve acercarse a su confesonario en Saint Augustin a un joven que ante él no se arrodilla, sino que solamente se inclina y dice:

—Señor abate, yo no tengo fe; vengo a instruirme.

El sacerdote le mira:

—Póngase de rodillas y confiese; usted creará.

—Pero si yo no he venido a eso.

—¡Confesaos!

Se arrodilla De Foucauld y confiesa toda su vida. "Aquel que quería creer—copio también esta frase de un biógrafo—sintió que el perdón era para él como una vivísima luz."

Y cuando el abate vió levantar al penitente absuelto, le volvió a hablar.

—¿Estáis en ayunas?

—Sí.

—Id a comulgar.

Y Carlos de Foucauld se aproximó a la mesa santa e hizo su "segunda primera comunión".

La vida en aquel momento no experimenta cambio alguno aparente, pero algo en él se había completamente transformado. Desde entonces aquella

decisión, aquella voluntad, aquella su extraordinaria facultad de soportar los sufrimientos se va a ejercer en bien del prójimo.

Prepara un viaje a Tierra Santa. Es el final de 1888. Llega a Jerusalén, que encuentra cubierto de nieve. Recorre las calles, visita las iglesias, sube y desciende la pendiente del monte de los Olivos. Pasa la Navidad en Belén y después hace una excursión a Galilea; en sus cartas muestra una especialísima devoción por Nazaret. Toda su vida—dirán sus biógrafos más tarde—ha sido modelada por el recuerdo de Nazaret. Y, finalmente, volverá a África.

Para comprender la vida extraordinaria del padre Foucauld es preciso considerar dos hechos sobre los que está edificada: la pasión por el mundo oriental, cuyo sentimiento, desde luego, no procedía del colorido ni el pintoresquismo de aquellos lugares, sino que era una predilección por la soledad, el silencio, la extrema simplicidad del traje y la alimentación a la que se podía entregar sin distinguirse de los demás. En segundo lugar, la energía, la violencia interior de aquella voluntad que persigue la perfección evangélica con el mismo ardor, la misma tenacidad que había mostrado antes como explorador.

La conversión ha sido total.

En 1901 es ordenado sacerdote en Viviers, en Ardeche. La víspera, dom Martín, el padre abate de la Trapa de Nuestra Señora de las Nieves, le había dicho: "Yo os acompañaré; tomad provisiones para dos." A la hora de la comida Carlos abre un pequeño paquete y saca seis higos, cuatro nueces y una botella de agua.

Antes ha estado siete años en la Trapa de Akbés, en Siria; ha sido doméstico de las clarisas de Nazaret y llega al fin el momento de retornar al África.

Se establece en el sur de la provincia de Orán, en Beni-Abbés, junto a la frontera de su querido Marruecos. Construye una capilla; el horario de su vida, que consta en la exposición a que nos estamos refiriendo, es así: "Levantarse, a las tres; oración y misa, hasta las ocho; de ocho a diez, trabajo manual; de diez a doce y media, oración; de doce y media a cuatro y media, trabajo manual; oración, de cuatro y media a ocho; sueño, de ocho a once; oración, de once a una; sueño, de una a tres." Las horas de comida no son ni siquiera mencionadas.

Beni Abbés es un oasis de siete u ocho mil palmeras, en la ribera izquierda del Saura. El hermano Carlos había escogido este lugar de apostolado en

virtud de las miserias que allí existían. También a causa de la proximidad de Marruecos, la tierra amada en donde pensaba un día poder entrar como misionero. Beni-Abbés es el punto de confluencia de dos desiertos saharianos; el desierto de arena que cubre todo el sur oranés, y el desierto rocoso, la Hamada, que va hasta la frontera de Marruecos. La luz se derrama a raudales en aquellos lugares; la pobreza del suelo es total; la noche es purísima. Un paisaje humilde y magnífico, cuyo estudio eterno envolvía las plegarias del sacerdote.

"Los indígenas empiezan a llamar a la choza la Fraternidad (la Khaoua, en árabe), y eso me es dulce", escribía el padre Foucauld. Que reconforta a los esclavos, abriga y alimenta a los viajeros pobres, enseña a los niños, cuida enfermos y viejos.

Y en 1905 avanza más al sur y se instala en el Hoggar, en Tamanrasset, a más de 2,000 kilómetros de Argel. Construye una choza de cañas, después con adobes una capilla y una habitación; vive de pan y agua que le cuesta siete francos por mes.

El general Lyautey, que le visita alguna vez, describe así una misa dicha por el padre Foucauld: "Ante aquel altar, que no era más que una simple tabla; ante aquellos hábitos sacerdotales de paño grosero; aquel crucifijo y aquellos candelabros de estaño; ante toda aquella miseria, pero también ante ese sacerdote en éxtasis, ofreciendo el sacrificio con un fervor que llenaba el lugar de luz y de fe, yo sentía una emoción religiosa, un sentimiento de grandeza que jamás he sentido en el mismo grado en las más suntuosas catedrales, en medio de la pompa de los oficios solemnes..."

Y, finalmente, el martirio. Es un viernes, día del Sagrado Corazón. Cae la tarde. El padre trabaja; llaman a la puerta. Va a abrir y entra un indígena llamado el Madain, de la villa de Hassel. Era preciso que aquella vida que tan ardentemente había querido ser la imitación de Cristo tuviera también un Judas. Tras el Madain se avlancha un grupo de senusitas que atan las manos al sacerdote; le preguntan, como el Maestro, no contesta. La banda saquea la pobre habitación e inopinadamente llegan dos militares. Disparos; el guardia del prisionero se aturde y dispara también. El padre Foucauld muere sin un grito.

"Os pido—había dicho—, ¡Dios mío! la gracia de morir por Vos, que habéis muerto por mí." Pero su obra queda. Y queda también la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón en los países infieles, que los indígenas llaman "Ikhouan-el-Khalona", o sea "Hermanos de la Soledad".

Monjes cuyo propósito es aproximarse lo más posible al ejemplo del padre Foucauld. La plegaria en común y la adoración son el centro de su vida, pero lo que les distingue de otras Ordenes contemplativas es su espíritu de apostolado, que hace de ellos verdaderos misioneros...

